PRÓLOGO

 La vejez nos envuelve con pensamientos recurrentes a los cuales, nunca antes, les habíamos dado una entrada consciente en nuestra mente. Es una antigua amiga no invitada, que se presenta de improviso, sin intención de abandonarnos, cuando ya hemos olvidado tantos sucesos ocurridos en nuestra vida y nos sorprende con una maleta llena de recuerdos que expone poco a poco ante nuestros asombrados ojos como si fueran regalos antiguos rescatados del desván de nuestra existencia.

 Con una sonrisa entre cruel y cariñosa, nos muestra con crudeza, hechos olvidados que, de pronto, surgen entre los enredos de nuestras ya muy trabajadas neuronas, en forma de crónica viva, tan patente como si la actualidad de aquel entonces, no hubiera quedado atrás en el camino recorrido. La vejez se une a nosotros como compañera inseparable y nos llena de una sensatez en la forma de comprender el pasado que nos reconforta con una profunda felicidad cuando somos conscientes de que, tantas preguntas como nos hemos hecho a lo largo de los años, el afán por aclarar sucesos inexplicables jamás solucionados, ha dejado de intranquilizarnos porque ya, no son importantes.

 La vida pasa como un soplo y cuando somos capaces de explicar nuestra trayectoria en el mundo con un principio y un final tal cual si fuera un cuento o una historia novelada, es cuando podemos sentirnos felices y realizados aunque aquella historia relatada resulte incomprensible porque, la extraña vida que nos toca vivir, nunca tiene una lógica en cada suceso. Venimos aquí sin pedirlo y nos vamos sin quererlo y entre tanto, las circunstancias de cada uno, se enmarañan en un tejido de hechos casuales, coincidencias, sincronías inexplicables que, sin embargo, se relacionan con una perfección e individualidad superior a cualquier invención mental.

 Cuando la vejez se aposenta junto a nosotros, nos propone el juego de las adivinanzas. Cada día al despertarnos nos dice: “A ver si adivinas por qué sucedió… “ Ahí, comienza a presentar los recuerdos de hechos ocurridos a lo largo de la vida, uno tras otro, mezclando las circunstancias adversas con las propicias. Las personas cercanas con aquellas que van surgiendo como si fueran dibujos nuevos en un tapiz que se trabaja día a día por alguien invisible que guía tu mano entre los hilos para formar una trama con un bosquejo inaudito que no comprendes como puede pertenecerte. Entonces es cuando tú, valientemente sorprendido, le preguntas a la vejez qué es la vida. Ella sonríe y no sabe responder, se encoge de hombros, sólo sabe que llegó hasta nosotros por un camino más o menos largo por donde fue recogiendo toda la sabiduría que trae consigo.

 Todos estos pensamientos los deshilvanaba una y otra vez mientras disfrutaba del silencio de aquella pequeña casa donde descansaba con una felicidad serena regalada por la vida. Me gustaba traer a la memoria recuerdos de hechos pasados, aquellos que habían formado mi particular existencia. Disfrutaba paseando entre los caminos arbolados. En verano, observaba los rayos del sol entretejidos con las hojas, en invierno, caminaba lentamente disfrutando de las guedejas de la niebla cambiante que se escondía en los troncos y surgía de pronto para desparecer después.

 Me había rodeado de aquello que más llegué a amar, mis libros y, en aquella casa pequeña, habilité una habitación donde, en las paredes, se acumulaban ejemplares colocados en estanterías que no dejaban un resquicio de muro. En el extremo opuesto a la puerta, se encontraba un gran ventanal y frente a él, coloqué una mesa donde me sentaba a leer en días de lluvia o frío intenso.

 La casa tenía dos pisos. El suelo, de madera sin barnizar, crujía en algunos lugares, cosa que, a mí, me proporcionaba una sensación de confort sin poder dar una explicación razonada. En el piso de arriba, se encontraban dos habitaciones y un baño. En el de abajo, un salón comedor con una gran chimenea que caldeaba toda la casa, ofrecía una comodidad de la que disfrutaba en cuanto entraba en ella. A la cocina grande y bien acondicionada, se entraba por una puerta lateral situada a la izquierda en donde, un pequeño pasillo, conectaba con un cuarto de aseo y una habitación que, mi esposa, utilizaba para su uso exclusivo. Allí, unas cuantas plantas bien cuidadas y algún gato callejero que se hizo nuestro visitante asiduo, se adueñaron de buena parte de la superficie. En aquel lugar entrañable para mí al que le cogí un gran cariño, fue donde, en compañía de mi amiga la vejez, comencé a desarrollar mi historia. Una historia que ya digo de antemano, no tiene una clara explicación. Me limitaré a describir unos hechos recordados que intentaré exponer con la mayor exactitud pero no por eso, han de ser exactos.

 Siempre he deseado conocer el origen de todo cuanto acontece, eso me ha ocasionado muchos quebraderos de cabeza y, al final, me he visto obligado a claudicar, las cosas suceden y no se les puede buscar una explicación. Vienen rodando unas con otras, se embarullan para formar un hecho y no sabemos por qué. Las circunstancias que rodean nuestro entorno, las personas que se cruzan en nuestras vidas, las decisiones erróneas o acertadas…Todo ello, forma la maraña de la urdimbre de ese jersey que vamos tejiendo y usamos a diario mientras añadimos una trama y otra.

 Como digo, siempre he buscado una explicación coherente a los hechos pero, jamás, he podido encontrarla. La incógnita de mi vida ha permanecido sin solucionarse. Por eso ahora, en estos momentos de paz, cuando ya nada o poco me sorprende y todo lo acepto como un regalo que la vida, generosa, me ofrece como una nueva enseñanza, pienso que es una tontería buscar la respuesta al recorrido de cada cual por este mundo. No está permitido porque la vida es, por sí misma, un enorme signo de interrogación.

 EL BARRIO DE LOS LAURELES

 INFANCIA

 Crecí entre herramientas de carpintero. Serruchos, martillos, clavos, escofinas, escuadras, berbiquíes. El olor a madera y el de la cola cuando se calentaba, se han quedado en mi sentido olfativo como un recuerdo perenne. Forma parte de vivencias impresas en mi memoria como las conversaciones importantes o las enseñanzas perdurables.

 Mi padre era carpintero, pero no dueño de una carpintería aunque él lo hubiera deseado. Nosotros éramos pobres y nos manteníamos de nuestro trabajo. Acomodó como taller, una de las habitaciones de la casa donde vivíamos, el sótano de un edificio de tres pisos en la periferia de la ciudad, desde cuyas ventanas, situadas casi a ras de techo, se veían los pies y las piernas de los viandantes que circulaban por la acera. Allí, en un soporte sujeto a la pared, ponía en orden sus herramientas. Cuando finalizaba su tarea diaria, me entregaba la tapa de una caja de metal y me ordenaba le pidiera a mi madre pusiera en ella un poco de aceite. Yo, diligente y presuroso, me acercaba hasta la cocina situada al final del pasillo y después de conseguir lo pedido, volvía con cuidado de no verter el líquido ligeramente viscoso y observaba los dedos de mi padre mientras untaba el filo de los serruchos. Luego, los colocaba lentamente, de una manera que a mí me parecía con mimo, en el lugar que les correspondía en el soporte. Ordenaba las banquetas, los tablones y listones de madera, cerraba la ventana, si era invierno, apagaba la luz y salíamos del cuarto cerrando la puerta de cristales esmerilados. Juntos, agarrados de la mano, nos acercábamos hasta la gran cocina en la que mi madre tenía preparado un café con leche bien caliente para él y una rebanada de pan donde había extendido parte de la nata de la leche hervida, para mí. Momentos entrañables grabados en mi mente al rojo vivo. Jamás los olvidaré.

 En aquella casa, no teníamos ninguna habitación adaptada para comedor, estos menesteres los hacíamos en la cocina, una gran estancia de fogones arrimados a la pared, armarios que servían de despensa, aparadores con los platos y utensilios de loza y una mesa redonda, grande, situada en el centro desde la cual se veía el patio donde se tendía la ropa, algunos tiestos con geranios y al fondo, un pequeño corral con cuatro gallinas de las que conseguíamos bastantes huevos para el uso diario que se me permitía recoger, algo muy entretenido para mí. Buscarlos entre la paja, encontrarlos calientes todavía, ponerlos en un cesto y entregárselos a mi madre, era una delicia.

 Yo era el menor de cuatro hermanas y dos hermanos. A Guillermo, cuatro años mayor que yo, con quien compartía habitación y lecho, le precedían mis hermanas Gloria, María y Teresita y entre ésta e Ignacia que era la mayor, estaba mi otro hermano Claudio a quien todos llamábamos Cayo, un chico que padecía de tuberculosis desde hacía varios años y el único poseedor de una habitación y cama individual. Cuando tenía vómitos de sangre, guardaba cama durante un tiempo en el que venía el Doctor Hurtado a visitarlo. Este médico nos hacía un precio especial en la visita, le recetaba medicamentos que mi madre compraba en la farmacia donde le fiaban y cuando venía a visitarlo alguno de sus amigos, no lo dejaba pasar de la puerta de la habitación aunque el chico insistiera, para evitar el contagio –decía -, y lo mismo sucedía con todos nosotros, aunque eso, luego no se cumplía, sobre todo cuando, Cayo, alcanzaba una mejoría.

 Un día, Cayo, en uno de sus accesos de tos, llenó una palangana de sangre y a los pocos días, murió. Fue la primera y la última vez que vi llorar a mi padre porque, después de que le cayeran las dos primeras lágrimas, se limpió los ojos y no lloró más. Sucedió mientras leía unos escritos de mi hermano, no sé qué clase de papeles pero debió de impresionarle para llegar a arrancarle las lágrimas. Luego, entre mi madre y mi padre, guardaron todos sus pertenencias en maletas y baúles y allí se quedaron para siempre. Mi madre se vistió de negro y no volví a verla vestida de otro color.

 Yo no lloré, para mí todos aquellos sucesos eran una novedad. La muerte de mi hermano, despertaba en mí más curiosidad que tristeza. El recuerdo que me ha quedado de él es de cuando ya estaba muerto. Dejaron su cadáver vestido sobre la cama hasta que vinieron a ponerlo en el ataúd y en un momento, cuando todos estaban distraídos, me acerqué a observarlo. Sólo se me ocurrió tocarle un pie a través del calcetín que llevaba puesto, sin zapatos. Me pareció que tocaba goma y, sin saber por qué, me asusté y salí corriendo de la habitación, una habitación que olía a flores secas, impregnada de un olor dulzón pero desagradable que nunca supe de donde procedía.

 Tras la muerte de mi hermano, mis hermanas pusieron en casa un taller de modistas. En uno de los dormitorios ocupado por ellas, crearon un rincón separado con unas cortinas donde, un armario con espejo, servía como “probador”. Así fue como, en aquella casa, teníamos dos talleres: el de carpintería de mi padre y el de modistas de mis hermanas.

 En el Barrio de los Laureles, surgido en lo que fue la extensión de un campo lleno de estos árboles de hojas perennes y aromáticas de donde –supongo- tomó el nombre, todas las casas eran de alquiler menos la “casa grande” como la llamábamos todos. Una casa situada a la salida de la ciudad, donde las calles dan paso a la carretera general. Se encontraba al principio del bosque, sobre la cima de una pequeña colina conocida en la ciudad como “el montiquín” En la verja de entrada a la casa, se podía leer en letras grandes y doradas un nombre en inglés que nadie conseguía traducir con exactitud: “MAGICAL HILL”

 Era una mansión de tres pisos rodeada de jardines, con una entrada para carruajes que se conservaba como si estuviéramos, todavía, en el siglo diecinueve.

 Los dueños de “la casa grande” eran también dueños de todas las fincas que ocupaban el barrio de los Laureles, a quienes pagábamos un alquiler mensual. Según se rumoreaba, aquella familia pertenecía a la nobleza aunque nadie sabía darles el tratamiento adecuado, si condes, marqueses, o barones. Algunos decían que eso eran tan solo habladurías y que, simplemente, se trataba de gente con dinero empleado en edificar dentro de los terrenos de su propiedad. Nuestro sótano también les pertenecía y, el primer día de cada mes, llamaba a nuestra puerta un hombre muy bien vestido a quien se recibía con respeto y al que mi madre llamaba “el señor administrador”; le pagaba las 70 pesetas del alquiler y no volvíamos a verlo hasta el mes siguiente.

 La dueña actual de la “casa grande”, era una mujer peculiar, viuda, anciana y que apenas se dejaba ver. Su edad exacta era también motivo de muchas habladurías. Unos decían que tenía noventa años, otros que ya llegaba a los cien y había quien decía que los superaba. Los comentarios populares continuaban con la existencia de un único hijo, heredero del título nobiliario que, se suponía, vivía en el extranjero con demasiadas riquezas como para preocuparse de aquella casa de una ciudad de provincias en España.

 Aquel día, tuve una extraña e inesperada experiencia con la peculiar anciana, dueña de la “casa grande”, que voy a explicar.

 Mi mejor amigo era un chico llamado Alberto, hijo del portero en una finca de tres pisos construida en un solar originado por el impacto de una bomba caída durante la guerra. En el chiscón que servía de portería, había adaptado un taller donde arreglaba relojes y, eso, además de entretenerle, le proporcionaba unas pesetas extra. Alberto, a diferencia de la mayoría de los chicos que conocía, era callado y estudioso y, muchas tardes, a la vuelta del colegio, nos reuníamos en casa de uno u otro para realizar los deberes escolares y jugar un rato. Un día, Alberto me vino a buscar y me dijo:

-Agustín, ¿vienes conmigo a la casa grande a llevar este reloj que ha arreglado mi padre?

 Me quedé un poco sorprendido al mismo tiempo que temeroso porque, aunque jamás había pisado aquella mansión, sólo pensar en atravesar las grandes verjas de hierro y andar por aquel camino de tierra hacia la entrada, me imponía, pero, al mismo tiempo, era un reto a mi valentía aventurarme por terrenos nunca antes visitados que siempre observaba como un lugar prohibido y misterioso.

- ¿A la casa grande? – dije como si no hubiera entendido bien – ¿A Magical Hill? – repetí incrédulo.

- Sí… Debo entregarle este reloj a la vieja… - decía mientras me mostraba un reloj de bolsillo que, sin ser yo un entendido, se veía bastante antiguo.

 Nunca había visto a la anciana dueña de la casa y, en aquel momento, todas las habladurías oídas sobre ella, se acumularon en mi pensamiento. ¿Cómo sería en realidad? ¿Una anciana achacosa? ¿Hablaría? ¿Se podría mover? ¿Estaría medio muerta? ¿Sería una bruja?

- Sí. Te acompaño – dije empujado por lo enigmático del hecho pero con la suficiente renuencia como para que, Alberto, con sonrisa cómplice, puntualizara:

- A mí también me da un poco de miedo, no te vayas a creer.

- ¿Tú la has visto? ¿Cómo es?

- La vi un día cuando mi madre le llevó unas lechugas de nuestro huerto. La vi de lejos, estaba sentada y miraba a través de la ventana. No vi más.

- ¿Y cómo era…?

- Pues vieja…, no sé…, no me fijé. A lo mejor la vemos hoy, me tienen que pagar el arreglo.

 La entrada a la casa de Doña Eulalia, como se llamaba la anciana señora, tenía un gran patio adoquinado donde Alberto me contó, entraban los coches de caballos cuando todavía no existían los de tracción mecánica. Una gran puerta pintada de blanco cubierta por una marquesina de cristales emplomados enmarcaba la entrada principal que me recordó a la de uno de esos grandes Hoteles contemplados en la ciudad. Cuando creí que nos íbamos a dirigir hacia allí, Alberto se encamino hacia la derecha donde, después de subir tres escalones, nos encontramos ante una puerta pequeña, pintada de marrón, en la que, una aldaba con la figura de un puño, servía de llamador. Alberto golpeó la aldaba y nos abrió la puerta una mujer mayor, con una cofia blanca en la cabeza, supuestamente la criada. Nos hizo pasar a una salita interior que, inmediatamente, me trasladó, en pensamiento, a la casa de un gnomo, de una princesa, o de un hada. Todo me parecía mágico.

 Un suelo completamente alfombrado, enormes butacas junto a una chimenea en cuya repisa de mármol se veían diferentes fotografías y un florero con unas margaritas naturales de gran tamaño. Las paredes empapeladas, mostraban cuadros pintados, unos con retratos, otros con paisajes que no podía dejar de contemplar. Alberto y yo no nos atrevíamos a movernos mientras esperábamos el regreso de la criada, sólo articulábamos monosílabos en susurros como paralizados por un hechizo.

 La mujer nos guió después, por un largo pasillo de suelo barnizado, con plantas a un extremo y otro, lámparas de cristal y hierro forjado, hasta un salón donde, unos tiestos con palmeras enanas, adornaban estratégicamente los rincones. Sobre una mesa de patas finalizadas en garras de león, se encontraba una planta muy hermosa con flores de color rosa y sentada en una enorme butaca junto al ventanal desde donde se divisaba un gran jardín, se encontraba la anciana señora Condesa Doña Eulalia como la nombró la criada.

 Nos miró sonriente, con una expresión muy dulce en un rostro pálido, cuajado de finas arrugas que daban a su piel un aspecto de sutil gasa estrujada. Yo, paralizado ante la novedad, no perdía detalle. El traje negro, la cofia con puntillas y los mitones calados, le daban un aire irreal, como si fuera una lámina salida de un antiguo libro. Era hermosa, aun en su ancianidad. Desde aquella bella cara, extremadamente blanca, nos observaban curiosos unos pequeños ojos azules que me transmitieron una inmensa paz.

 En aquel instante, un reflejo ligeramente luminoso, me obligó a mirar hacia un rincón, allí estaba ella. Sentada en una silla, me sonreía y miraba fijamente, una niña pálida, rubia, con un lazo grande sujetando unos tirabuzones que le caían sobre los hombros. Vestía un atuendo blanco, lleno de puntillas y lazos, medias negras y zapatos de charol. Intente sonreírle pero no sé si sólo conseguí dibujar una mueca en mi cara.

- ¿Tú eres el hermano de las chicas que son modistas? ¿No? – dijo la anciana en aquel momento dirigiéndose a mí. Hizo una pequeña pausa en la que yo sólo me oí susurrar –“Sí, señora” - y luego con una sonrisa en su boca de labios finos, preguntó: - ¿Cómo te llamas?

 Le dije mi nombre indeciso por si también debía añadir mis apellidos y aquella coletilla enseñada por los padres y profesores de: “…para servir a Dios y a usted”. Me sentía completamente aturullado, sin poder poner orden en las ideas acumuladas en mi cabeza pero debió de parecerle suficientemente correcta la respuesta puesto que sonrió y no dijo nada más.

 Después de pagar el arreglo del reloj a mi amigo, Doña Eulalia nos ofreció asiento en un inmenso sofá mientras ordenaba a la criada nos trajera la merienda. Nunca había disfrutado tanto de unos bizcochos con leche, observados siempre por aquella amable dama que a mí me parecía una reina.

 Cuando finalizamos, antes de marcharnos, abrió una caja de metal con un dibujo de flores muy bonito en la tapa y nos regaló dos chocolatinas a cada uno. Al despedirnos, reparé de nuevo en la niña vestida de blanco que permanecía inmóvil sentada en su rincón. Me pareció muy extraño que la anciana no la hubiera invitado a merendar con nosotros pero como todo en aquella casa me resultaba de lo más incongruente, no le di importancia. Saludé con una inclinación de cabeza a la señora y seguí tras la criada que nos llevó hasta la calle.

-¡Caramba! – dije cuando pude articular palabra - ¡Qué señora más…! – como no sabía que adjetivo emplear, sólo se me ocurrió decir: - …estupenda…, parece una reina pero no una reina cualquiera, parece la reina de las hadas.

 Alberto comenzó a reír y saltando sobre mi espalda, me zarandeaba mientras decía:

 - ¡Anda…, que te has quedado embobado con Doña Eulalia…!

- ¡Oye…! Lo que me ha parecido raro ha sido que la niña no se sentara a merendar con nosotros.

- ¿Qué niña…? – dijo Alberto mirándome extrañado.

- La que estaba sentada en el rincón vestida de blanco… la de los tirabuzones rubios.

- Pero ¿qué dices? Yo no he visto ninguna niña… tú estás… majara - y haciendo un gesto con el dedo en la sien, dio a entender que mi cerebro no funcionaba con cordura.

 Iba a replicarle cuando comprendí que sería inútil, tal vez él no se había fijado. La verdad es que estaba un poco escondida en un rincón y me callé.

 Unos días después, alteró a toda la familia el aviso. La criada de la dueña de la “casa grande”, se presentó en nuestro sótano para informar a mis hermanas del deseo de Doña Eulalia de hablar con ellas pues deseaba le confeccionaran unos vestidos.

 Tal como a mí me había sucedido, mis hermanas Gloria y María, regresaron entusiasmadas y recordando mi visita, les pregunté:

- ¿Estaba la niña rubia?

- ¿Una niña rubia? – preguntó Gloria – No. Estaba sola. Bueno…, la criada entraba y salía, pero no había ninguna niña.

 En el momento de estos sucesos que expongo, yo contaría unos diez o doce años de edad. Recuerdo cuánto disfrutaba cuando, en compañía de mi padre, recorría las calles en busca de la ferretería o tienda de maderas más baratas para conseguir los materiales necesarios para su trabajo y el bullicio de las gentes ocupadas cada cual en sus quehaceres; era algo que me llenaba de excitación. Señoras acompañadas de sus criadas con la cesta al brazo, ruidosos carros por las carreteras adoquinadas. Me entusiasmaba ver los coches guiados por tres caballos donde el conductor, látigo en mano, manejaba con pericia a los animales y escuchar, de improviso, las bocinas de los coches mecánicos que ya dejaban atrás a los pocos landós que circulaban, me ocasionaban un sobresalto que, al momento, se convertía en risa.

 Intentaba adivinar la vida de las familias existentes tras los cristales cubiertos de cortinas blancas que se divisaban en los balcones de hierro forjado y absorbía, con un gran interés, todas las novedades presentes ante mis ojos.

 El taller de modistas, quedó, al cabo de un corto tiempo, en manos de mis hermanas Gloria, María y Teresita, mientras que Ignacia, la mayor, encontró trabajo en una fábrica de cajas de cartón donde, poco después, se casó con el encargado del almacén.

 Para mis padres, sobre todo para mi madre, fue un alivio, aunque nunca dijo nada pero yo lo adiviné en la expresión de sus ojos el día de la boda y en los suspiros tranquilos que se le escapaban de vez en cuando. Era una boca menos que alimentar.

 El día de la boda fue un día tonto. Mis hermanas se enfadaron por no sé qué historias del vestido que no le quedaba a la novia tan bien como ellas esperaban –decían - Lo más divertido fue el convite que se celebró en casa donde pude comer unas rosquillas y mantecadas hechas por mi madre el día anterior en el que se pasó todo el tiempo en la cocina.

 La marcha de mi hermana dejó una cama libre que, con la que había quedado después de la muerte de mi hermano Cayo, nos dio una libertad muy deseada. A mí hermano Guillermo y a mí nos pusieron en la habitación de Cayo. Yo me sentía muy satisfecho y por las noches, antes de dormir, observaba el techo, las paredes, escuchaba los ruidos nocturnos, seguía las sombras de las luces que entraban por la ventana y pensaba en cómo las habría visto mi hermano Cayo antes de morir.

 Cierto día, con unos metros de paño que mi madre compró en el mercadillo, mis hermanas confeccionaron un abrigo nuevo para mi hermano Guillermo, mi padre le hizo una maleta de madera y lo enviaron a Barcelona a casa de una prima de mi madre porque, decían que allí, era más fácil encontrar trabajo y forjarse un futuro. No volví a verlo. Nunca supe qué sucedió pero no debió de ser nada bueno porque mi madre lloró mucho y mi padre se pasaba las horas mirando por la ventana hasta que volvía a coger el cepillo de la madera y comenzaba a cepillar un listón sacando esas virutas que a mí me gustaba tanto deshacer entre mis dedos.